NO DIGAS QUE FUE UN SUEÑO

TERENCI MOIX

Planeta

Terenci Moix

No digas que fue un sueño

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Terenci Moix, 1986, y herederos de Terenci Moix
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2018
Depósito legal: B. 2.177-2018
ISBN: 978-84-08-18266-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Serpiente del Nilo 17

LIBRO SEGUNDO

Octavia 113

LIBRO TERCERO

Cesarión 177

LIBRO CUARTO

El dios abandona a Antonio 277

SERPIENTE DEL NILO

—

> Ella era el último miembro de una raza solitaria y sutil. Era una flor que Alejandría había tardado trescientos años en producir y que la eternidad no puede marchitar. Y se abrió ante un soldado romano, sencillo pero inteligente…
>
> E. M. Forster, *Alexandria*

Y DIJO LA MUJER:

—Maldito sea Amor, que me asesina. Teñid de muerte el Nilo. Poned luto a las nubes. Convertid Egipto en un sepulcro.

Y así se hizo. Y el espanto fue descendiendo por el río. Y la muerte se instaló en las orillas. Y cayó el infierno sobre el universo.

Cumplida la orden, una densa nube negra entoldó los cielos en los que jamás hay nubes. Por lo insólita, dijérase el velo de una diosa traicionera. Dijérase sangre podrida goteando sobre los frondosos palmerales, las forestas de papiros, los huertos y jardines que un día fueron fértiles.

Una galera real bogaba con majestuosa lentitud en busca de los confines más remotos del reino; allí donde este se pierde en los desiertos que corren en busca de las selvas ignotas, donde dicen que nace el río santo.

La negrura llegaba acompañada por himnos tan tristes como el día. Era la incesante percusión de cien timbales doloridos. Era el batir de cien remos en las aguas, tan tristes a su vez que también se habían vuelto negras.

Las riberas se llenaron de campesinos procedentes de los villorrios más próximos. Llegaban formando procesión, y en sus arrugados rostros, en sus arrugas surcadas por el sol de

muchos siglos, el asombro alternaba con el miedo. Se arrojaban al suelo, escondían la cabeza entre las cañas, se golpeaban el pecho con piedras afiladas y frotaban sus ojos con fango, como se viene haciendo desde los tiempos más remotos cuando muere un monarca o la naturaleza rompe su curso inexorable porque los dioses no están satisfechos.

La nube negra se posaba sobre todos los colores del paisaje, tan sensible en los albores del mes de Atir, cuando la luz ya no llega agobiada por los flagelos del estío. Los palmerales y los trigales, los bosques de sicomoros, las mimosas, los hibiscos, las yedras que trepaban por los palacios, todo cuanto ayer fue un despliegue de esplendoroso colorido quedaba encerrado en aquel color único, manto siniestro que los campesinos, aterrados, no podían reconocer. Pues ignoraban la clase de perfumes de cuya mezcla brotaba.

Perfumes que esparcían por doquier los esclavos negros de la nave.

¡Perfumes de las noches de Alejandría! Emanaciones entremezcladas de sándalo, de almizcle y ambarina; esencias de incienso, pachulí y la mirra que adormece los sentidos; fluctuaciones de heliotropo y azucenas combinadas con el zumo aceitoso que destilan las gardenias cuando han rozado el sexo de una virgen nabatea.

Al contacto con el aire, la mezcla lo teñía de luto. Y así emponzoñadas, las auras caían sobre los campesinos como una condena. La noche más pavorosa se adueñaba del día. Y todos lo interpretaron como un augurio del final del universo, según se anuncia en las inscripciones de los templos antiguos.

Los campesinos acogieron la catástrofe salmodiando cantos mortuorios aprendidos en los grandes funerales y transmitidos de una generación a otra.

Y cuando los esclavos que esparcían los perfumes descansaban un instante, la nube artificial se diluía. Y en medio de una breve pausa, semejante a un amanecer, surgían como un consuelo las familiares aguas del Nilo y, surcándolas, una soberbia proa en forma de papiro. Y sobre las estrías rosicler que

el avance abría en la corriente, emergía la embarcación de Cleopatra Séptima.

¡Navegaba hacia la matriz de Egipto, la suprema majestad de Alejandría!

Entonces descubrieron los campesinos que la famosa embarcación iba de luto. Negras eran las velas, negra la cubierta, enteramente negros los mascarones y hasta los regios estandartes. ¿No anunciaba todo ello algún lúgubre prodigio? Hasta ayer fue una nave suntuosa, más brillante aún que todo el oro de las minas del Sinaí, más deslumbrante que todos los colores de las columnas del templo de Amón. Fue igual que un cofre repleto de riquezas y hoy era urna para restos de difuntos. Surcó los mares hasta la misma Roma, y hoy parecía un cuervo viejo que solo aspirase a morir en la ignota soledad de los desiertos.

¿Qué orden pronunciada en la lejana Alejandría destruyó el donaire de aquella galera, disimulándolo bajo un disfraz tan negro como la nube que aplastaba los azules del Nilo?

Había sido un grito de Cleopatra. Lo pronunció con los brazos en alto cual si invocase a todas las diosas de la venganza, fuesen griegas o egipcias:

—¡Muerte sobre mi amor ingrato! Que pongan luto a mi galera como pusieron oro cuando fui a su encuentro. Los tesoros de Egipto deslumbraron su codicia. Que el luto de Egipto sepulte para siempre su recuerdo. Luto en mi nave, ministros. Luto en los cielos. Y en el propio Nilo, luto.

Y todo fueron crespones y llevaron brazales los soldados y negras túnicas las damas de la que había sido la más amena entre las cortes. Y como un remate a la apariencia mortuoria de la galera, negro quedó también el solemne baldaquino, custodio a su vez del trono que ocupaba la reina para contemplar el lento transcurrir de las orillas, en navegaciones más felices.

Pero en aquel trono enlutado solo quedaba un pañuelo azul que olvidó Cleopatra. Y este era el emblema de su ausencia irremplazable.

Al descubrirlo, un personaje de noble aspecto que contemplaba a los campesinos desde la cubierta exclamó:

—Sigue sin aparecer. Se nos esconde. Y hace ya tres jornadas que zarpamos de Alejandría.

ASÍ HABLÓ EPISTEMO. Y era la suya una voz meliflua, que arrastraba el deje caprichoso del cortesano, pero escondiendo una última, inesperada revelación como cumple a la cautela del político.

—¡La reina consigue convertir en espectáculo su luto de amor! Si exige tanta suntuosidad a un abandono, ¿cuál no reservará para la muerte?, que los dioses quieran retrasar en lo posible.

Se dirigía a un mancebo de hermosos rasgos y porte altivo, además de otras singularidades que le convertían en el más pintoresco de los tripulantes de la nave. Pues mientras los demás vestían de negro, como ordenaba el luto de la reina, sus ropajes eran completamente blancos cual corresponde a los hombres que hicieron voto de servir a los intereses del alma. Y llevaba la cabeza afeitada al modo inconfundible de quienes han jurado consagrarse al servicio de los dioses.

Con un amplio ademán que abarcaba la impenetrable negrura que los envolvía, exclamó:

—¡Todo este luto por simples amoríos!

—Y yo te digo: por un amor que fue cualquier cosa menos simple. Egregia en todo es Cleopatra Séptima. En la plenitud del amor lo era. En su hundimiento, lo es más todavía. Sábelo ya, pues la propia reina rompe su secreto al convertir la nave real en pública voz del desconsuelo. Sabe que el romano que ocupó su lecho, ese hipócrita que hace apenas un año la dejó encinta de dos príncipes, que ese Marco Antonio a quien ella hizo aparecer en los grandes monumentos como dueño y señor de Alejandría y después monarca de Oriente entero, que ese vil, esa alimaña, ha tomado esposa en Roma.

—¿Siendo Cleopatra la madre de sus hijos?

—Las leyes romanas solo reconocen a los que Marco Antonio tuvo con su primera esposa, la infausta Fulvia… —Se inclinó Epistemo hacia el mancebo, para hablarle en tono más reservado—. ¡Y puesto que de hijos hablamos, necesitaríamos altas matemáticas para contar los que fue engendrando Antonio por cuantas ciudades visitó antes de llegar a Alejandría…!

La curiosidad del servidor de los dioses pudo más que su recato.

—¿Tantos hijos de un amante tan miserable?

—Amante miserable tal vez, esposo falso acaso, pero también un semental de mucha altura. ¿Tan impenetrable es el encierro de los templos que no os llega este tipo de noticias? Si tu castidad no tuviese que lamentarlo después, te contaría en qué trances ponían a Antonio los excesos de la carne. ¡Con decirte que cree descender del propio Hércules y estar además apadrinado por Baco! En confianza: si con tal combinación de furia y salvajismo no ha llenado de hijos todos los gineceos del Imperio, las mujeres del siglo debieran avergonzarse, pues ya no saben parir como sus madres.

Al inclinar todo su cuerpo hacia adelante, en busca de mayor confianza, se encontró con una mueca de rechazo.

—Sin duda te burlas de mi sagrado ministerio, ya que invocas a dioses extranjeros. Has de saber que abomino de ellos y detesto al amante romano de la reina. A cuanto representa y a todos aquellos que lo comparten.

Y cuando en un movimiento demasiado brusco mostró uno de sus brazos, vio Epistemo que estaba afeitado al igual que la cabeza. Así pudo saber que se encontraba ante un miembro de la sagrada orden de Isis, pues sus acólitos son los más obcecados enemigos de la impureza del vello, que tanto ofende a la gran madre; y, a fin de sentirse limpios y así hacerse gratos a sus ojos, deben afeitarse todo el cuerpo dos veces por semana, lo cual suele ser objeto de burla por parte de los blasfemos y de los viajeros que llegan de Roma.

Procedía el mancebo de un iseion del Alto Nilo, según contó con gran brevedad y ahorro de palabras, pues era de na-

tural austero. También dijo llamarse Totmés, en honor al dios Tot. Entonces el servidor de Epistemo le trató de anticuado, pues los mozos a la moda prefieren llamarse Hermes, derivación griega de aquel nombre que en el pasado ostentó el dios con cabeza de ibis, patrón de la sabiduría. Y aunque Epistemo quiso añadir frivolidad a la grosería de su servidor, se encontró con el abierto rechazo de Totmés. Se resistía a cualquier otro comentario referente a su persona y solo parecían interesarle los campesinos de la orilla y los sucesos que se desarrollaban en el camarote de la reina.

—¡Tantas promesas de amor de boca de un romano solo podían acabar en luto! —siguió diciendo Epistemo.

—¿De qué sirve hablar de Antonio y de su boca si todo queda reducido hoy a un abandono y pronto, muy pronto, será olvido? Es lo único que entiendo de esta historia y de cuantas giran en torno al desamor. Sé que a la postre todos somos olvido colocado en manos de una voluntad más alta que los sueños del mundo.

De repente, un sobresalto sacudió a todos los tripulantes.

—¡Silencio! —exclamó Epistemo—. Accede a presentarse ante nosotros la suprema majestad de Cleopatra. Todos se arrodillaron.

¿PODÍA SER CLEOPATRA SÉPTIMA aquella figura encorvada, que subía con gran dificultad la escalera del camarote y gimoteaba como una vieja moribunda? ¿Podía ser la reina más fascinante del mundo aquel fardo de velos negros que se apoyaba en el brazo de su primer consejero para conseguir avanzar apenas unos pasos?

Su aparición, por lo deseada, había engañado a la corte. Los sacerdotes de rango inferior arrojaron a los pebeteros de oro una plétora de esencias y perfumes. Los soldados, que hasta entonces andaban distraídos por cubierta, permitiéndose las actitudes más indolentes, se apresuraron a formar un pasillo a guisa de camino sagrado, cuadrándose con el porte

altivo que corresponde a las grandes ceremonias. Las esclavas nubias acomodaron el trono de baldaquín y a su alrededor se agruparon los cortesanos más íntimos. Fue transportado casi en volandas el arpista ciego y afinaron sus delicados instrumentos las tañedoras de laúd. Comparecieron asimismo las danzarinas, los equilibristas y el narrador de historias fantásticas.

Pero al ver avanzar a aquella anciana prematura se produjo un silencio de muerte en todos los rincones de cubierta. Todos los preparativos de la alegría quedaron suspendidos sin que mediase orden alguna. Fue el resultado de un desencanto común. Nadie escapó a su influjo. Doncellas, eunucos, malabaristas, danzarinas, esclavos y marineros quedaron inmóviles, con los ojos clavados en aquella pareja que dijérase formada por dos profesionales del llanto, como las plañideras que se alquilan para llorar a discreción en los funerales de la alta nobleza.

Con el rostro oculto como el cuerpo y este retorciéndose en sí mismo, aquella pobre mujer podría engañar a cualquiera. Sin embargo, la apariencia del noble Sosígenes no engañaba. Era la misma venerable figura que aparecía constantemente al lado de la reina desde los lejanos días de la guerra civil, cuando Cleopatra consiguió derrotar a su esposo y hermano, el imberbe Tolomeo, y adueñarse del trono de Egipto. Sosígenes, su preceptor de ayer, su consejero de siempre, era hoy el báculo que la sostenía, el lazarillo que orientaba sus pasos tambaleantes.

Cleopatra miró a su entorno, sin comprenderlo. El luto de la nave encontraba una respuesta adecuada en la doliente comitiva que seguían formando los campesinos. Pero ni siquiera este homenaje a su dolor conseguía afectarla.

Una vez sentada en el trono intentó adoptar la rígida actitud que tanto solía imponer a los embajadores extranjeros. La corte entera contuvo el aliento, esperando el estallido de la majestad. Fue una espera inútil. La cabeza de Cleopatra se desplomó sobre el pecho, y el fiel consejero corrió a sostenér-

sela. Quedó de pie y junto a ella, como en tantas ocasiones triunfales. Pero hoy se limitaba a ayudarla a sobrevivir.

—Buscaré en otros cuerpos el olvido del cuerpo de Antonio. No me importa que esto dé la razón a los romanos. Si ya fui maldita para ellos cuando me amó César, más tendrán que decir cuando me vean aferrada a una vulgar carne de galeras. ¡La puta de Antonio quiere serlo ahora de todos los hombres, incluso del más sucio! —Calló por un instante. Se sintió invadida por una oleada de instantes dulces, recuerdos gentiles que parecían transportados por los cantos funerarios de las orillas—. ¡Antonio! ¡Este hombre indigno a quien tuve por el más grande de los héroes me llamaba serpiente del Nilo! ¡Cuánta ternura había en su ironía, y cuánto desprecio en los demás romanos! No fui otra cosa para ellos. Ni reina, ni mujer, ni madre. Solo la serpiente del Nilo. Sí, la venenosa sierpe que se introdujo en los más floridos vergeles de Roma y, con mirada aviesa, hechizó la voluntad de su mejor macho. Para destruirlo, dicen ellos. No piensan que de un macho intenté hacer un hombre.

—El despecho te lleva a exagerar, mi reina.

Cleopatra intentó sonreír. Por un instante su voz se hizo más dura, con la dureza del sarcasmo.

—¿Entonces es solo despecho este dolor que me asesina? Ojalá fuese así, pues sería muy sencillo combatirlo. Tanto que podría solucionarse con otro crimen. Un sicario bien remunerado llevaría mi venganza a Roma y acabaría con la ofensa acabando con Antonio. En los subterráneos de nuestros santuarios hay boticas donde los sacerdotes consiguen los mejores venenos del mundo. ¡Qué sencilla sería la venganza que no deja rastro! ¡Si fuese despecho, Sosígenes, si solo fuese despecho como dices…! ¡Que me lo manden los dioses para acelerar mi consuelo con una muerte! Si es despecho ni siquiera necesitaré recurrir a un emisario. Tengo arrestos para presentarme en Roma y hundir mi daga en el corazón de mi esposo aborrecido. ¡He de verle retorcerse ensangrentado a los pies de su cordera romana!

Ni siquiera Sosígenes pudo prevenir el repentino acceso de su rabia. Se incorporó de un salto, corrió hacia uno de los soldados y arrebató en un instante la espada que le colgaba del cinto. Todo fue demasiado rápido para que el soldado pudiese detenerla. Estaba ya junto a la borda, con la espada en alto, apuntando en dirección a Roma. Y gritaba:

—Contra ti, Antonio. ¡Contra ti a partir de ahora!

Estaba completamente erguida. En su arrebato se había arrancado el velo que le cubría el rostro. Tuvo por unos momentos el empaque de una diosa. Sus mejillas aparecían encendidas y el cabello, abundante y liso, semejaba un estandarte que pregonaba su grandeza. Pero solo fue un instante. Su propia furia cayó sobre ella, aplastándola. Su propia furia la devolvió al dolor, y todo su cuerpo se encogió de nuevo.

—El despecho es tan cruel como el amor —exclamó, tendiendo el brazo armado hacia sus esclavas—. ¡Carmiana, Iris, amigas mías, tenedme la mano, no dejéis que se aferre a la espada! No es para mi esposo. Es para mi pecho, que fue incapaz de vibrar y retenerle. ¿No he de tener la dignidad de mis ancestros? ¿No sabré cómo acabar con esta angustia?

Un recuerdo excepcional detuvo sus gritos. Regresó un instante privilegiado de su vida, un instante privilegiado del mundo entero. Y era aquel en que entró triunfalmente en Roma, como huésped del gran Julio César. ¡Cuando su esplendorosa juventud todavía era capaz de derrotar al Tiempo!

—Vosotros, que me visteis llorar, escuchadme ahora. ¡Contra los años jóvenes de la romana, mi cuerpo egregio! ¡Contra el desprecio que me hace Antonio, el respeto que me tuvo César! ¡Obtuve el amor del más grande de todos los conquistadores! ¿Ha de ser Antonio más que César, cuando se permite rechazarme? No será mi majestad quien lo tolere. No lloréis por mi agonía, pues no existe. Es despecho. Es mi sed de venganza. Que cesen estos salmos de dolor. Que cese el luto. ¡Oro para mi barca! ¡Velas rojas que anuncien mi alegría! Que recuerde el mundo que esta barca llevó a César por el Nilo, y esto le basta para ser un palacio…

Y entonces se dirigió a los campesinos de la orilla:

—¡Silencio ya! Este dolor ofende a mi grandeza. ¿No veis que me rebaja?

Pero los campesinos no podían reconocer a la reina de Egipto en aquella figura grotesca que, aferrada a la borda, continuaba implorando silencio. El dolor ya estaba disparado y era como una orden que, recogida por la multitud, no podía detenerse. Seguía en las orillas el más esplendoroso funeral que tuviese en vida una soberana.

Muchos brazos fueron necesarios para arrancarla de la borda. Lloraban sus damas, rompían todas las cadenas del protocolo, estrechándola contra sus cuerpos, recibiendo su llanto. Y aquella amazona del despecho, que había recorrido la cubierta a zancadas indignas de su rango, volvió a empequeñecerse como antes, y todo su cuerpo fue formando un ovillo de velos que la iban cubriendo hasta que ya nadie pudo verla, hasta que se perdió en el laberinto que Amor creaba en su alma.

SE LA LLEVARON AL CAMAROTE. Y Epistemo permaneció largo rato arrodillado. Acariciaba el pañuelo, retazo de azul celeste que guardaba remembranzas de otras horas; aquellas en que la alegría de Cleopatra brilló con los fulgores de un topacio.

Pero Totmés no compartía su éxtasis. Mientras las damas de la reina intentaban calmar la curiosidad de la tripulación con explicaciones poco plausibles, el joven sacerdote regresó al fastidio que, desde hacía horas, le inspiraban sus compañeros de viaje.

Ya era mucho que tolerase la compañía de aquellos dos hombres, majestuoso el uno, innoble el otro, que le habían sometido a una persecución, tan incómoda como extraña, no bien le descubrieron en el lugar más apartado de la proa, absorto en sus meditaciones. Todo cuanto perdió en intimidad —su más preciada pertenencia— lo ganó sin embargo en ex-

plicaciones sobre la vida alejandrina, que él desconocía por completo. Y en aquel tráfico de indiscreciones estuvieron a punto de arrancarle la única que podía resultarle fatal.

—¡Eres avaro, buen Totmés! Te vales de tu encanto juvenil para sonsacarme todo tipo de confidencias sobre la reina, y a cambio no me ofreces nada. —Rio con un estilo ruidoso, que quiso parecer coquetería y quedó en parodia—. O mi madurez se va acercando a la senectud mucho más rápidamente de cuanto siempre temí o los de tu oficio lleváis el misterio por escudo.

Totmés se puso en guardia. En los ojillos acechantes de aquel hombre acababa de descubrir la astucia del áspid.

—¿Y qué misterio podría revelarte? Solo conozco los del culto que profeso.

—Te lo diré en pocas palabras: los de esta madrugada.

—¿Los de esta madrugada, Epistemo?

—Exactamente. Pues he sido testigo de un suceso extraordinario. Voy a refrescarte la memoria, ministro de Isis. Esta madrugada recalamos en el puerto de Panópolis. Yo no podía dormir a causa del calor y subí a cubierta. Me extrañaba que nos detuviésemos, lejos aún del punto de destino y en una ciudad ajena a los planes de la reina. No tiene allí negocios, que yo sepa. Ni los tiene su luto, que es lo único que hoy le importa. En fin, dejo aparte consideraciones, pues lo verdaderamente raro de esta escala es que solo sirviese para recoger a un joven sacerdote de Isis, demasiado preocupado por ocultarse entre las sombras como para que su presencia no despertase curiosidad. A mí, particularmente, tanto sigilo llegó a intrigarme.

El criado mimaba las descripciones de su dueño con una exageración que incurría en lo grotesco. Y aunque Epistemo esperaba ciertos resultados del efecto que su explicación produjese en Totmés, se encontró ante un rostro inescrutable.

—Tu conversación resultaba más amena cuando me hablabas de la corte. No te apartes de ella, Epistemo. Comprenderás que, conociendo tan pocas cosas de Cleopatra, sería una

pérdida de tiempo hablar de mí, que nada soy ni nada pretendo ser.

La habilidad dialéctica del perfecto cortesano resultó estéril. Bien dicen que la capacidad para el silencio es la mejor asignatura que se imparte en los seminarios de los dioses egipcios. Y Totmés la llevaba muy aprendida cuando, señalando hacia la orilla, murmuró:

—Tiene más valor el llanto de este pueblo que todos los amores contrariados de Alejandría.

Epistemo recogió la sugerencia. Con aquel giro, la conversación regresaba a sus orígenes. Era ladino el joven sacerdote. O acaso un pobre ingenuo por creer que conseguía parecérselo.

Se volvió hacia el cortejo de campesinos que seguían la galera de Cleopatra. Continuaban cantando. Hacían chocar dos piedras, igual que en tiempos de los grandes faraones. Rimaban aquella salmodia funeraria como si el lento descenso de la nave arrastrase consigo un fragmento de sus propias vidas y los últimos restos del gran tiempo de Egipto.

Epistemo creyó ver en Totmés un reflejo de cualquiera de ellos. La gravedad de su expresión se difuminaba bajo una placidez que remitía a una infancia perdida ya, aunque no lejana. Y toda su piel tenía el color del cobre vivo y el porte orgulloso que hace de cada campesino del valle un príncipe y de cada príncipe un cofre lleno de misterios.

Totmés razonaba en voz alta:

—Las historias de amor suelen conmover a las almas sencillas. Poco sé de vuestras politiquerías, Epistemo, pero tanto asombro, tanto horror en el Nilo me dice que acrecentará en gran manera la fama de Cleopatra.

—Demuestras una deliciosa ingenuidad al confiar en que el pueblo conoce los hechos de sus reyes. ¿Quién de entre esos campesinos vio jamás la persona de Cleopatra? Si antes navegó hasta tan lejos fue para entretener a sus amantes romanos, pero solo se dignó salir de su galera para consagrar algún templo y culminar así la obra de sus ancestros. Por lo demás, su

rostro es tan misterioso para esos miserables como el de los dioses cuyas funciones representa…

Como si se arrepintiese de haberse mostrado demasiado serio, Epistemo emitía una risita que recordaba el sonido de una ocarina. Y Totmés volvió a considerarle un enemigo de la seriedad y un perverso cazador de indiscreciones.

—La grandeza de Cleopatra se muestra tanto en sus aciertos como en sus desmanes. ¡Suprema incongruencia de la majestad! Para estar a su altura, la fidelidad de sus súbditos no puede tener un único rostro. Por lo cual te digo que este luto es el sueño de una mente enferma y, no obstante, rindo un tributo de admiración a la actitud de Cleopatra porque ordenó celebrarlo. Pues yo estaba con ella la tarde en que decidió arrojar su agonía con tal fuerza que alcanzase el rostro de los propios dioses.

Por primera vez mostró Totmés una expresión interesada. Y cuando Epistemo le rodeó la espalda para conducirle aparte de cualquier escucha, no se vio rechazado.

EPISTEMO REMEMORABA para su compañero un atardecer reciente en las terrazas del palacio de Cleopatra. Desde sus balaustradas se contemplan las ninfas en las olas, en sus parterres pasean en paz los pavos reales. Son terrazas flanqueadas por riberas tan fecundas como las del Nilo, pero orientadas hacia aquellas aguas que conducen a las tierras griegas, de donde dicen que llegó Alejandro para instalar en el vientre de Egipto la regia estirpe que culmina en Cleopatra. Y es bien cierto que, al igual que sus reyes, nació Alejandría de este pacto entre el limo que fecunda el valle y la sal que pone aguamarinas en las rocas del litoral.

La sangre mezclada de dos mundos palpitaba en las arterias de la ciudad divina.

Ya el faro había encendido sus luces, guía de cuantos navegantes buscan en Alejandría el buen refugio. Ya se encendían los fuegos votivos ante los altares de los muchos dioses extran-

jeros que tienen culto abierto en el barrio de las posadas. Los antorcheros ponían llamas en las esquinas. Y en las tabernas, allá al fondo de los aljibes de barro pintarrajeado, se irisaban los vinos más diversos por el fulgor que proyectaba el holocausto de las nubes en el cielo. Así, color de sangre o de rosa mística, se cargaba el cielo de pasiones cuando agonizaba sobre Alejandría.

Y al contemplar la huida del sol, la reina Cleopatra se encontró dividida en dos almas. Una era griega e imaginaba a Helios con los rasgos de un efebo rubio que recorría el espacio en cuádriga dorada. La otra era alma tan egipcia que adoraba a Ra, el dios cuya barca se hunde en las tinieblas para librar el combate contra las fuerzas del Mal, resurgiendo cada día invicto, renovador de la fuerza que asegura el constante renacer de todo lo creado.

A aquellas horas del día la intimidad de la reina de Egipto se acoplaba a las mutaciones del cielo. Como las nubes, como la luz, como el propio sol, se dejaba seducir por fluctuaciones no programadas.

Era el instante privilegiado en que la placidez ya solo concede audiencias a la pereza, alcahueta a su vez de la memoria. Atrás quedaba una jornada llena de compromisos debidos, en parte, a los quehaceres de la política y, en parte, a las exigencias del protocolo.

Pues era cierto que Antonio, obligado a desplazarse a Roma para presidir los funerales de su esposa, había dejado en Alejandría demasiados asuntos. Tantos como para agotar las fuerzas de cualquier gobernante que careciese de la pasión de Cleopatra. Pero la madurez le había enseñado una verdad primordial, pregonada de muy reciente en las escuelas más prestigiosas de su ciudad divina. Decía aquella verdad que la mente más inclinada a la acción ha de ceder paso a la suave vaguedad del alma, a lo inconsistente de su propia esencia, para hallar el equilibrio que permite afrontar los combates diarios con vigor renovado e incluso enriquecido.

El crepúsculo propiciaba el abandono. A veces era el repo-

so absoluto: el sueño del opio y la mandrágora, acompañado por los dulces tañidos que arrancaba a su arpa dorada el ciego Ramose, quien sin haber visto jamás a su soberana la tenía por la más hermosa entre las estrellas. Ilusión en nada gratuita, pues entre los títulos de Cleopatra figuraba precisamente el de Estrella de Egipto. En otras ocasiones, menos dadas al ensueño, la placidez nacía de actividades que están en la esencia misma del carácter de Alejandría: la conversación con los astrónomos de palacio, la polémica con los filósofos del Museion —la soberbia institución cultural que no por casualidad depende de Cleopatra—, el estudio en las salas de la Gran Biblioteca o el paseo meditabundo entre los jardines suntuosos de la Soma, donde yace Alejandro protegido por un sarcófago de cristal tallado.

Pero aquella tarde en los albores del otoño alejandrino, aquella que estaba destinada a ser la más fatídica entre todas las tardes, la reina se consagraba al ocio y a la conversación intrascendente con algunos personajes privilegiados por el solo hecho de ocupar un triclinio junto al suyo. Y admiraba a los embajadores extranjeros su ingenio y agudeza, el alcance de sus conocimientos y la fluidez con que podía dirigirse a siete personas distintas en cada uno de sus idiomas.

La conversación fluía con dulzura a los sones del arpa de Ramose. El lento derivar de la pereza ponía acentos poéticos en una simple disertación sobre geografía. Cleopatra suspiraba en su triclinio. El cuerpo lacio, los miembros suavemente fatigados, los músculos fláccidos, la piel recibiendo los primeros soplos del frescor que se va aproximando cual heraldo de la noche. Aroma de gardenias sobrecargando las auras. Pétalos de amapola reblandeciéndose en la tisana preferida. Y el suave murmullo del estanque lleno de nenúfares, anuncio de excelentes augurios.

¡Augurios felices llegaban por el mar! Lo anunció la rubia Carmiana, que quedó de vigía en la balaustrada. Una enorme trirreme estaba entrando en el muelle nuevo. Su porte grandioso, su avance insolente pregonaban el descaro de Roma. Y

una divisa roja, que ondeaba en lo más alto del palo mayor, anunciaba a los vigías de Cleopatra que la nave era portadora de noticias.

¡Nuevas para Cleopatra solo podían ser nuevas de Antonio! De Antonio, exiliado en Roma.

Y si alguno de los reunidos se extrañase cuando al hablar del viaje del amado se invocaba al exilio, bastó recordar con cuánta pasión había depositado Antonio su voluntad sobre los mármoles de Alejandría. Durante un invierno esta fue su ciudad, aquí estuvieron sus amores, en estos templos conmemoró sus triunfos militares para oprobio de los romanos e indignación de quien se había erigido en portavoz de sus destinos: Octavio Augusto. El heredero legitimado de César. El que compartió con Antonio la división del Imperio.

La sombra de quien era el compañero de su amado y a la vez el más acerbo de sus críticos enturbió por un instante las esperanzas de Cleopatra. ¡Aquel jovenzuelo demasiado arrogante seguía amenazando aun desde lejos! Su severidad proverbial dio paso a la dureza cada vez que exigió el regreso de Antonio a Roma. Predisponía contra él a sus mejores amigos, intentaba arrebatarle el amor de sus soldados, le pintaba ante el Senado como un borrachín que abandonó todos sus deberes para fornicar con su concubina oriental en la más corrupta de las metrópolis: Alejandría, letrina del mundo.

Tenía motivos Cleopatra para temer que las noticias procedentes de Roma llevasen algún filtro de amargura.

Se permitió un instante de congoja. Pero la causa no era Octavio, con ser motivo suficiente. Era algo más profundo y hasta ambiguo. Era el mordisco del gusano insensato que es compañero de todos los amantes. Eran los celos renaciendo en el fondo de su alma. Celos impresentables. Pues iban dirigidos contra un cadáver.

La asustaba más la influencia de Fulvia muerta que la hostilidad de Octavio vivo. Si este constituía una amenaza contra la cual podría combatir una estrategia política bien organizada, Fulvia iba más allá en su violencia porque era un recuerdo

que atacaba desde el otro mundo. Lo que su cuerpo no consiguió en vida lo obtenía cuando solo era un montón de cenizas recogidas en la pira funeraria: arrancar a Antonio de su lecho de oro, arrebatarle de los opulentos fastos de Alejandría, despojarle de los suntuosos ropajes orientales que gustaba vestir y devolverle a la mediocre apariencia de la toga romana…

Aquella Fulvia, abandonada un día por Antonio, empezaba su venganza desde el mundo de los muertos.

Pero Cleopatra era hija de una tierra que durante siglos había convivido con la muerte, convirtiéndola en la idea iluminada que guía los pasos del hombre por el mundo. La muerte la miraba desde el fondo de las tumbas de sus antepasados, la muerte estaba presente en las invocaciones a los grandes dioses, la muerte estaba implícita en el devenir del tiempo, en los antojos de las estaciones del año y en las fluctuaciones del gran padre Nilo.

Si Fulvia preparaba sus armas para atacarla desde las oscuras cavernas, Cleopatra, reina, guerrera, amazona, se adentraría en ellas con la destreza de quien conoce el camino desde todos los siglos que la han precedido. Pero, además, disponía de otros triunfos. Y eran los de la vida.

El primer triunfo era ella misma cuando se transfiguraba en hembra feroz, capaz de abandonar su envoltura de diosa y soberana y rebajarse a la pericia de una ramera para saciar los apetitos famosos de su amante. El segundo era la inmensa ladrona de voluntades en que podía convertirse la ciudad, en que puede convertirse Alejandría cuando abre su inmensa matriz para devorar a los amantes enloquecidos. El tercer triunfo eran dos criaturas.

Alejandro Helios y Cleopatra Selene, los gemelos nacidos para perpetuar el alcance mítico de la dinastía.

Partió Antonio a Roma sin conocerlos, pero con el orgullo de saber a ciencia cierta que su nacimiento estaba inscrito en las constelaciones. No utilizó su característico sarcasmo cuando lo anunciaron los astrónomos. Al fin y al cabo, la familia de Cleopatra —¡esos pintorescos Tolomeos!— era experta en tras-

ladar a los cielos sus conflictos domésticos. Cuando, en el pasado, la reina Berenice perdió su ponderada cabellera, los astrónomos decidieron que había ascendido hasta las profundidades de la noche y quedó allí, inamovible, centelleante, transfigurada en la más hermosa de las constelaciones. Y si los azares de una reina excesivamente despistada podían cambiar el curso de los astros, ¿qué no harían esos niños nacidos del encuentro entre los dos ríos más fecundos, el río de Roma y el de Egipto, confluyendo en el apasionado litoral de Alejandría?

Esos dos hijos eran la vida. Eran la certeza de que la vida brotaba del cuerpo de Cleopatra como brota de los márgenes del Nilo. Contra el fantasma de Fulvia, los dos mellizos con nombres de reyes garantizaban un sueño largamente acariciado por Antonio: el dominio absoluto sobre Oriente. Pero al mismo tiempo representaban una continuidad anhelada, suplicada a cuantas divinidades ostentan el pendón de la fertilidad. Imitar en el seno de su reina la gesta del más grande héroe que Antonio había conocido. Pues años antes, en aquella mujer privilegiada, había engendrado Julio César al futuro rey del mundo. Al príncipe Cesarión.

Y de él se hablaba ahora en los triclinios que rodeaban la intimidad de Cleopatra. Y fue su nombre el talismán contra sus cuitas momentáneas.

Pues ningún sentimiento podía compararse al que expresaba no bien surgía la menor alusión al primogénito. Y tan pronto admiraba sus progresos en las distintas disciplinas a que su educación de príncipe le sometía, como se lamentaba de la ausencia, no por necesaria menos enojosa, a que aquel mismo proceso le obligaba.

Ya el barco de Roma amarraba en el puerto, ya se consideraba inminente la llegada de algún mensajero de Antonio, y sin embargo el interés de Cleopatra permanecía distraído, si no dominado, por las opiniones que los presentes vertían sobre el príncipe. No perdía el tiempo calibrando su sinceridad, mucho menos sospechando que pudiera deberse a un vil halago de cortesanos. Se aceptó que la perfección de Cesa-

rión era una verdad universal. Y no faltó quien comentase su hermosura.

¿No iba a ser hermoso si fue engendrado por el gran Julio en una descendiente de Alejandro?

La educación del príncipe, en Menfis, se convirtió en el tema dominante, aunque acogido con cierta perplejidad por los invitados extranjeros y muy en especial por Marcio, el general romano. Pues si bien este pueblo de bárbaros se siente fascinado por las magias y ritos milenarios que llegan del Oriente, todavía se encierran en un obstinado racionalismo cuando se trata de comprender las creencias de los pueblos que intentan dominar. Así, aquel sensato general romano consideraba un disparate casi cósmico que los sacerdotes de Menfis estuviesen iniciando al príncipe Cesarión en el culto a los bueyes sagrados. Explicárselo constituía una tarea demasiado ardua.

De ahí que una reina educada en todas las disciplinas del espíritu pudiera perder interés en la conversación y regresar, por el hastío, a sus quimeras. Y esto hacía Cleopatra, dejándose caer con negligencia en los mullidos almohadones, aspirando una vez más los aromas del almizcle e invocando el negro fantasma de Fulvia. A lo lejos fluían las palabras de sus consejeros, referidas a los bueyes sagrados y a la necesidad de que el príncipe Cesarión fuese consagrado en su seminario, del mismo modo que ella, la reina, tuvo su consagración en el templo de Hator, la diosa que se presenta con cabeza de vaca.

Fue entonces cuando la esclava Iris anunció la llegada del mensajero de Antonio, exiliado en Roma.

TODOS LA VIERON SALTAR de su lecho de plumas. No fue malévola invención del romano, ni del embajador judío, ni del influyente mercader chipriota. No hubo difamación cuando contaron, después, aquel exceso. La reina, tan altiva en sus audiencias, tan cautelosa a la hora de tomar sus decisiones políticas, daba un tremendo salto que comprometía gravemente el perfecto plisado de su túnica de corte helenizante y

corría hacia el mensajero, que acababa de arrodillarse entre dos oficiales de la guardia palatina.

Y también notaron todos que la enamorada jadeaba al preguntar:

—¿Qué nuevas traes de mi señor Antonio? Pero, antes, dime: ¿cuándo regresa a Alejandría? O dime de una vez que está en la nave y tú eres el heraldo de su buen arribo. Dímelo y te haré gobernador de la mejor provincia de mi reino.

Pero el mensajero permanecía mudo y no osaba levantar la mirada. De modo que insistió Cleopatra:

—Tendrás diez provincias si me dices que Antonio viene pisándote los talones. O si me indicas que acuda corriendo a mis estancias, porque fue directamente a abrazar a sus hijos, tanto ansiaba conocerlos. Pero callas. Por tu silencio conozco que no llega Antonio. Entonces ¿qué mensaje traes? ¿Dice Antonio que aún ama a su reina? ¿O solo quiere saber de sus dos príncipes?

Un silencio sepulcral se había desplomado sobre la terraza. La mudez del enviado, su nerviosismo, motivaron miradas de inteligencia entre los compañeros de la reina. Y ella, impaciente y acaso temerosa como el propio mensajero, descendió a su altura y le aferró por los hombros, sacudiéndolo violentamente hasta que sus miradas se encontraron.

Y todos pudieron oír las palabras que, después, han recogido tantas crónicas:

—Marco Antonio ha tomado esposa en Roma.

Por tres veces tuvo que repetir la noticia, con tanta furia le zarandeaba Cleopatra, con tanta violencia le acusaba de arrojar calumnias sobre el amado. Y así es la fragilidad de las víctimas del amor. Pues jamás hubo amante abandonado que creyese en su suerte cuando esta se le anuncia de improviso. Por tres veces deberá crecer el padre Nilo, y tendrán que agotarse muchos plenilunios en los cielos, para que el amante comprenda que el final fue definitivo y, una vez asumida esta verdad, decida darse muerte como muchos o acepte seguir viviendo con sus heridas abiertas, como todos.

La ira de Cleopatra emitió un último destello. Y tanto acusó de canalla y embustero al enviado que este retrocedió, temeroso, hasta que su espalda tropezó con la coraza de los soldados.

—Si tu anuncio es cierto, que muera Antonio como los escorpiones. ¡Que muera por su propio veneno! Díselo así cuando le veas. Pero antes dime quién es la feliz esposa, la que puede presumir de disfrutar los goces que eran míos. ¡Dame su nombre! —Y gritó a sus amigos—: Para que el mundo lo entienda tendrá que ser más joven que Cleopatra. Tendrá que ser mucho más bella. Tendrá que darle hijos más hermosos.

—Es la noble Octavia —contestó el mensajero.

Los presentes no pudieron reprimir un rumor entre sorprendido y escandalizado. Cleopatra, un desgarro.

—La hermana de mi enemigo. La hermana de Octavio. —Y, dirigiéndose a Marcio—: ¿No estaba ya casada esta perra romana?

En su posición de lugarteniente de Antonio, el general no se atrevía siquiera a hablar. Al fin murmuró:

—Es viuda, mi reina.

Cleopatra se echó a reír. Puso en entredicho su elegancia cuando escupió al suelo como una lavandera del mercado judío.

—¡Ved que se vende barata la virilidad de Antonio! Presumía de ser Hércules en el lecho de la reina de Egipto y hoy se conforma con un catre usado. —De repente, calló. No pudo reprimir una lágrima. Y su voz temblaba, al añadir—: Su amor siempre fue de dobles usos. Llegó al mío cuando ya lo había tenido César y hasta hace poco todavía me hizo sentir celos de la difunta Fulvia, que le había tenido a él. Pero es ridículo que ahora empañe el lustre de su nombre, pues antes empañé el mío por quererle. ¡En mala hora! Si una vez dejó a Fulvia por Cleopatra, cabía esperar que algún día dejase a Cleopatra por alguna nueva Fulvia. —Entonces se dirigió a Marcio—: Roma ha convertido la inconstancia en un oficio. Si tú nunca aprobaste que mi pueblo adore a los animales, yo

te digo ahora que cualquier animal de Egipto es más noble que un romano.

Marcio se postró a los pies de Cleopatra. Ofrecía la digna estampa del homenaje, no del acatamiento. En su recio aspecto de soldado que curtió su madurez en tierras salvajes, bajo el azote constante de los elementos, se diría el último de los titanes rindiendo sus poderes ante la más indefensa de las náyades. Y la barba, ya canosa, expresaba el buen juicio de quien puede comprender los azares del alma porque llegó a superarlos de tanto sufrir por ellos.

En su gesto hubo una última declaración de amor. Y la afirmación de una amistad que no sabía de intermediarios.

De esta manera lo entendió Cleopatra. Y así dijo:

—No es menester que me demuestres tu fidelidad, pues la conozco. Aquí, juntos, hemos visto correr horas muy agradables. Pero hoy nos falta el que las compartía o, mejor aún, quien las inspiraba. Por esto te digo que eres libre de abandonar Alejandría cuando lo desees. Corre junto a tu amigo y dile que has visto llorar a la reina de Egipto. Nadie, ni siquiera él, lo vio antes de hoy. Nadie volverá a verlo.

Marcio titubeó. Tuvo que incorporarse para adoptar la actitud del soldado y no la del admirador de la belleza.

—No puedo abandonar la guarnición de Alejandría… sin una orden de Roma.

Desapareció el amigo. Lejos quedó la senectud venerable, el tacto del buen consejo. Y Cleopatra solo distinguía las atribuciones de la coraza dorada y, en ella, el águila amenazadora.

—¡No era amistad, debí entenderlo! Roma no se irá de Egipto aunque haya recobrado la fidelidad de Antonio. El amor anuló mi visión hasta hacerme pensar que mi enemigo era Fulvia, que está muerta. No recordé que Octavio sigue vivo. Mi amor retuvo a Antonio, quien a su vez te retenía a ti. ¡Pero solo Octavio puede ordenarte que te vayas! Quédate, pues. Pero no como amigo, sino como invasor de mi tierra.

En otra circunstancia, las palabras de Cleopatra hubieran significado una afrenta que solo una complicada intervención política conseguiría borrar. Pero en aquella hora del gran rechazo, cuando todo un fragmento de vida quedaba definitivamente a sus espaldas, la ira de la amante de Antonio no podía ofender ni sus improperios insultar. Por primera vez en su vida la regia hembra se encontraba frente a una evidencia que la dejaba más desnuda aún que el abandono: sus súbditos no retrocedían ante el estallido de su cólera, sus esclavos no se arrodillaban temiendo ser flagelados, los soldados no rendían las armas a su paso. Por el contrario, el joven capitán de la guardia balbuceaba para evitar las lágrimas —¡tan joven era!—, los cortesanos se acercaban a consolarla y sus dos damas, Iris y Carmiana, la acogían entre sus brazos para evitar que se desvaneciera.

La condujeron hasta el gineceo. Se apartaron las esclavas negras y corrieron los eunucos junto a Carmiana, para formularle mil preguntas sobre lo sucedido. El arpista ciego lloró lágrimas vacías por su reina. Y ella ofrecía tal lividez, su piel se había vuelto tan blanca, que pensaron si no habría probado alguna mascarilla de belleza que contuviese una excesiva cantidad de loto húmedo.

Allí, entre cortinas de seda, sobre un lecho de plumas, mucho más mullido por cuanto se levantaban sobre él montañas de almohadones de los más encendidos colores, dormían Alejandro Helios y Cleopatra Selene.

Tan divinos eran los gemelos que sus nombres invocaban a las fuerzas primordiales que existían ya antes del mundo y mucho antes de que empezasen a nacer los dioses. Alejandro era el Sol y Cleopatra era la Luna. Resplandecían como tales entre el esplendor de colores que avivaba aún más su sueño, tan blanco como los enigmas de la vida cuando todavía está por producirse. Y en la fuerza que a veces arrancaban al propio sueño, contrayendo el cuerpo, doblando hacia arriba las rodillas o batiendo el aire con las manitas cerradas; en este combate eternamente repetido que es el de la vida nueva con-

tra el mundo que desconoce, demostraban ya la audacia que indican sus nombres. Cleopatra, así llamada para perpetuar el empaque de siete mujeres de la dinastía. Y Alejandro, el último dios que aceptó vivir entre los hombres y conducirlos a la altura de los Inmortales.

La reina estuvo a punto de arrojarse sobre los niños, pero las dos nodrizas —robustas y bonachonas, porque eran de una aldea del valle— se le acercaron, previsoras y asustadas a la vez. Pues no se sabía si en el gesto desesperado de la madre había amor o furia de asesina.

En el singular combate entre la dignidad y el amor, triunfó la reina. Y halló restos de su empaque para dirigirse a sus dos damas preferidas:

—Nadie ha de decir que lloré en este día. Mucho menos vosotras dos, amigas que podéis convertiros en reos de indiscreción. Pues me visteis gritar en las torturas del parto y en ellas me mostré débil, de modo que si volvierais a ver mis lágrimas tomaríais también por debilidad lo que solo ha de ser mi aprendizaje del odio. Pues es forzoso que esta noche la reina de Egipto consiga aborrecer al malnacido.

La vieron alejarse hacia sus estancias, completamente sola, con la espalda gibada, tambaleándose por primera vez en su vida y arrastrando el velo azul, color del Tiempo en Alejandría.

Las nodrizas descansaron más tranquilas al tener a la madre separada de los dos niños. Pues temían lo que siempre se ha escrito sobre las mujeres arrebatadas por la furia de un amor herido: que son en todo iguales a los cerdos, el más impuro de los animales de Egipto porque es capaz de devorar a sus cachorros.

Pero no era esta la feroz disposición de Cleopatra, según pudieron oír, desde los oscuros pasillos del ala norte, las personas que formaban su pequeña sociedad. Y todas tuvieron ocasión de compadecerla cuando llegó, desde lejos, su agonía.

Atravesó salones, escalinatas y pasillos un aullido patético: